

Con agradecimiento a monica.im que
mientras yo dibujo ella colorea

Índice

Introducción.....	4
Capítulo 1:.....	11
El Susurro de las Abejas.....	11
Capítulo 2.....	19
El Crepúsculo de las Profecías.....	19
Capítulo 3.....	29
Ecos de Inquietud en el Claro.....	29
Capítulo 4.....	37
El Último Susurro de la Esperanza.....	37
Capítulo 5.....	43
El Milagro de Garabandal: Renacimiento de la Esperanza.....	43
Capítulo 6.....	51
El Mensajero: Renacimiento de la Tierra	51
Capítulo 7.....	61
El Zumbido de la Amistad: Lecciones de la Colmena.....	61

Introducción

En un rincón olvidado del mundo, donde el zumbido de las abejas se entrelaza con el murmullo del viento, Iñaki y José compartían algo más que una amistad: compartían un pequeño apiario, un santuario de vida y dulzura. Aquella tarde, el sol se filtraba entre las hojas de los árboles, dibujando sombras danzantes sobre la piel curtida de los dos amigos. El aire estaba impregnado del aroma cálido y embriagador de la miel fresca, ese olor que siempre lograba despertar en ellos una mezcla de calma y asombro.

Iñaki, con su camisa de cuadros arremangada y su sombrero de apicultor ligeramente ladeado, inspeccionaba una colmena con la precisión de un relojero. Sus manos expertas se movían con cuidado, como si cada abeja fuera una joya frágil que debía proteger. A su lado, José observaba en silencio, sosteniendo un ahumador que despedía pequeñas nubes de humo blanco. A diferencia de Iñaki, José tenía una mirada más introspectiva, casi perdida en

pensamientos que parecían ir más allá del apiario.

—¿Sabes? —dijo José finalmente, rompiendo el silencio—. Mi abuelo solía decir que las abejas son las guardianas de secretos antiguos. Que en su zumbido hay mensajes que solo los atentos pueden descifrar.

Iñaki sonrió mientras colocaba un cuadro lleno de miel en su lugar. Había escuchado muchas historias de José sobre su abuelo, un hombre que parecía haber vivido más vidas de las que el tiempo podía contener.

—Tu abuelo y sus misterios —respondió Iñaki con un tono cálido—. Pero dime, ¿qué secretos podrían guardar estas pequeñas criaturas? Yo solo veo trabajo duro y organización impecable.

José se encogió de hombros, pero sus ojos brillaron con un destello peculiar.

—Quizá no sea lo que guardan, sino lo que presienten. Mi abuelo decía que las abejas sienten los cambios antes que nosotros. Que

cuando el mundo está a punto de cambiar, ellas lo saben.

El comentario quedó suspendido en el aire por unos segundos, como una nota musical que se niega a desaparecer. Iñaki se enderezó y miró a su amigo con curiosidad.

—¿Cambios? ¿Qué tipo de cambios?
—preguntó.

José bajó la mirada hacia el ahumador en sus manos, como si buscara las palabras adecuadas entre las volutas de humo.

—Cambios grandes —respondió finalmente—. Mi abuelo hablaba de las 70 semanas de Daniel, de profecías antiguas que anuncian un tiempo de alianzas y rupturas. Decía que estamos cerca de ese momento, cuando todo lo que conocemos podría transformarse.

Iñaki soltó una pequeña risa nerviosa, pero no pudo evitar sentir un leve escalofrío recorrer su espalda. Había algo en la voz de José, una mezcla de convicción y melancolía,

que hacía difícil descartar sus palabras como simples fantasías.

—Bueno —dijo Iñaki, intentando aligerar el ambiente—, si las abejas saben algo sobre esas profecías, espero que nos lo digan antes de que sea demasiado tarde.

José no respondió de inmediato. En cambio, levantó la vista hacia el cielo, donde el sol comenzaba a descender, tiñendo el horizonte de tonos anaranjados y rosados.

—Quizá ya lo están diciendo —murmuró—. Solo tenemos que aprender a escuchar.

La conversación quedó ahí, flotando entre ellos mientras continuaban con su trabajo. Pero algo había cambiado. Las palabras de José parecían haber abierto una puerta invisible, y aunque ninguno lo mencionó en voz alta, ambos sintieron que esa tarde no era como cualquier otra.

Cuando el sol finalmente se ocultó y las primeras estrellas comenzaron a brillar, los dos amigos se sentaron en un tronco cercano

para descansar. El zumbido constante de las colmenas era ahora un telón de fondo tranquilizador, casi hipnótico.

—No sé —dijo Iñaki después de un rato—. A veces pienso que la apicultura es más que una pasión para nosotros. Es como si nos conectara con algo más grande. Algo... no sé cómo explicarlo.

José asintió lentamente.

—Es porque lo hace —respondió—. Las abejas no son solo insectos; son símbolos. Representan comunidad, equilibrio... pero también fragilidad. Si ellas caen, nosotros también lo haremos.

Iñaki lo miró fijamente. Había algo en esas palabras que resonaba profundamente dentro de él, aunque no podía explicarlo del todo.

—¿Y qué hacemos con eso? —preguntó—. ¿Cómo enfrentamos algo tan grande?

José sonrió por primera vez en toda la tarde, una sonrisa pequeña pero llena de significado.

—Hacemos lo que siempre hemos hecho: cuidamos nuestras colmenas. Cuidamos lo que podemos cuidar. Cuidamos de nuestras familias, cuidamos de nuestros amigos. Pero también abrimos los ojos y el corazón para entender lo que viene.

La noche avanzó lentamente, y los dos amigos continuaron hablando bajo el cielo estrellado. Sus palabras iban y venían como olas en la orilla, tocando temas tan diversos como la apicultura moderna, las enseñanzas del abuelo de José y las extrañas coincidencias entre las profecías antiguas y los tiempos actuales.

Sin embargo, ninguno podía prever lo que estaba por venir. Porque aquella conversación no era solo una reflexión casual; era el comienzo de algo mucho más grande. Sin saberlo, Iñaki y José estaban a punto de ser arrastrados a un viaje que pondría a prueba no solo su amistad, sino

también su fe y su capacidad para enfrentar lo desconocido.

Esa noche, mientras se despedían y cada uno regresaba a su hogar, el apiario quedó envuelto en un silencio casi reverente. Pero si alguien hubiera estado allí para escuchar con atención, habría notado algo extraño en el zumbido de las abejas. Era como si sus pequeñas voces estuvieran tratando de decir algo... algo importante.

Y así comenzó todo: con dos amigos, un apiario perdido en el tiempo y un zumbido lleno de secretos aún por descubrir.

Capítulo 1:

El Susurro de las Abejas

*“En la danza del néctar, la sabiduría se encuentra
en el silencio del zumbido.”*

El aire estaba impregnado del dulce aroma de la miel, como si la naturaleza misma quisiera darles la bienvenida a una jornada más en el apiario. Iñaki y José caminaban entre las colmenas, rodeados por el zumbido constante de las abejas, un sonido que, para ellos, era sinónimo de vida. Aquel rincón del mundo, escondido entre colinas verdes y árboles frondosos, parecía un refugio donde el tiempo transcurría con otra cadencia, más pausada, más sabia.

Iñaki llevaba su tablet en una mano y el termo con café en la otra. Había pasado buena parte de la noche anterior investigando nuevas tecnologías para mejorar el manejo de las colmenas. José, en